

art buchwald

ENFRENTAMIENTOS DE GENERACIONES

WASHINGTON.—Ahora se está descubriendo que hay enfrentamientos de generaciones en la juventud norteamericana. Ha quedado anticuada la distinción de "mayores de treinta años".

Un amigo mío, de veintitrés años, recientemente graduado en la Universidad, me decía: "No sé qué les está pasando a los muchachos en la Universidad. A veces me da la impresión de que no puedo entenderme con ellos. Cada vez que trato de entrar en una discusión me dicen que soy muy viejo para entender sus problemas y que gentes como yo estamos comprometidas con un sistema que hay que destruir. Mi propio hermano, el menor, dice que es inútil tratar de cambiar mi forma de pensar".

Pocos días después hablé con el hermano menor, diecinueve años, y me dijo: "Al menos nosotros sabemos qué queremos: una educación mejor, la abolición del servicio militar y de los cursos para preparar oficiales de reserva y poner fin a la guerra de Vietnam, destruir el complejo militar-industrial y la Dow Chemical Company. Pero esos muchachitos de dieciséis o diecisiete años no saben lo que quieren. Desean destruirlo todo. A veces, cuando se mezclan en nuestras reivindicaciones, siento miedo".

Un vecino —dieciséis años— declaró que su grupo era moderado comparado con el de los de catorce y quince años. Me preguntó: "¿No ha intentado hablar con un muchachito de esos sobre cualquier problema? No quieren escuchar a nadie. Dicen que si los que tenemos dieciséis y diecisiete años no estamos de acuerdo con ellos, que no nos necesitan. Afirman que hemos sido nosotros los que hemos complicado todo y que harán lo que les parezca. Ahora bien, si les pregunta qué es lo que realmente quieren, no sabrán responderle".

Dos estudiantes de quince años dijeron: "Nosotros sabemos lo que queremos. Tenemos derecho a conducir coches. ¿Por qué se les va a permitir a los de dieciséis y diecisiete? Si tenemos edad para ir al colegio, la tenemos también para llevar un coche. Estamos cansados que los de diecisiete años nos traten como a chiquillos. Y no lo toleraremos. Les conviene oírnos porque de lo contrario tendrán que enfrentarse con los de trece y, entonces, que el cielo les ayude...".

—¿Tan malos son los de trece?

—No tienen ni idea. Son un hato de revoltosos. Todo se les ha puesto en bandeja de plata, mientras nosotros sabemos lo que es luchar por algo. Ellos, que están casi todavía en pañales, pretenden aconsejar a los adolescentes...

Busqué a un muchacho de trece años y me dijo lo siguiente: "Ciertamente, los de diez años y menos dan muchos disgustos. Exigen una participación estudiantil igual a la de los mayores, la dirección del consejo estudiantil, asistir a nuestros bailes, comer en nuestras mesas, graduarse un año antes. Necesitan mano dura". Supuse que en esto se terminaban las brechas entre generaciones, pero no. Una amiguita de mi hija —once años— me dijo que resultaba prácticamente imposible entenderse con los niños de ocho o nueve años. "Todo lo estropean, ensucian el autobús del colegio, siempre están haciendo ruido, dicen palabrotas, son mequetoros...".

Al día siguiente hablé con un niño de nueve años, quien me confirmó hasta qué punto se han abierto las brechas generacionales. "Si usted piensa que nosotros somos perversos —dijo, mientras lanzaba una piedra a un gato— debería darse una vuelta por el kindergarten".

(Copyright 1969, The Washington Post Co.—Distribuido por Editors Press Service Inc.—Agencia Zardoya.)

dera «responsable» del orden externo o de las apariencias. El estilo es agresivo, violento, esperpéntico, con trazos de retablo, y, a la vez —y esta es la genialidad de Villalonga—, benaventino, coloquial, con apartes y confidencias de las actrices, empeñadas en identificarse con las elegantes señoras de la platea. Diríamos que las dos veredas del teatro español se entrecruzan por un momento, la de «La casa de Bernarda Alba» y la de todo el teatro benaventino de las «apariencias», y que de este cruce —dominado por el humor y el humanismo de Villalonga— surge una particularísima combinación de luz y negrismo, de sabia trivialidad y violencia crítica. Todo ello, como es lógico —y va siendo exigencia de cualquier manifestación artística moderna—, sin ese «realce artístico», sin ese «dorar la píldora», que, para las viejas mentalidades, es sinónimo de «arte». No, no, el caso de Villalonga es otro. Se divierte, expone agresivamente una serie de contradicciones morales, se abandona a su propia poética, y cuando ha consumido el retablo, baja el telón.

Villalonga es una figura fundamental en el ámbito cultural de lengua catalana. Nacido en Mallorca —donde vive—, en 1897, escribió a los veinte años la que aún se considera su mejor

y más famosa novela, «Mort de Dama», comienzo de una vasta obra literaria. Dentro de esta obra figuran varios dramas, como «Fausto» (1956), «Fedra» (1955) y «Aquiles o el Imposible» (1964). Quizá, sin embargo, la incorporación de Villalonga a la escena española —y, si el conservadurismo barcelonés lo tolera, a la escena catalana— deba producirse a través de las piezas cortas que Jaime Vidal Alcover, otro brillante escritor mallorquín, tituló «Desbarats», o sea, «Disparates».

Figuran en el volumen titulado y prologado por Vidal Alcover trece obras breves, una de las cuales es «La Tuta i la Ramoneta», estrenada ahora por Nuria Espert, Julieta Serrano, Guillermina Motta y Carmen Liaño en los cuatro papeles fundamentales. Vuelvo a decir que no me refiero, en absoluto, a una versión escénica en la que he tenido parte. Pero me gustaría que se dedicase una mayor atención a Lorenzo Villalonga y que sus «Desbarats» se citasen siempre en esa breve relación de teatro español contemporáneo, y, sin embargo, de nuestra época. Paradoja que, claro está, no han advertido cuantos quieren un teatro actual que, sin embargo, dé por buenos todos los principios establecidos. ■ J.M.

LA GUERRA NO ES COSA DE JUEGO

¿Quiénes son los responsables?

Ante «The war game», el estremecedor documento de Peter Watkins, conviene hacer dos consideraciones previas: 1.º Es un film realizado en 1966. 2.º Es una producción destinada a la televisión.

La fecha de su realización no indica, como en otras ocasiones, que la película haya perdido algunas de sus cualidades, que el paso del tiempo haya actuado negativamente sobre su significación. Al contrario. Si en algo ha beneficiado a «The war game» el

retraso con que ha llegado a las pantallas españolas ha sido en el acrecentamiento de gravedad de la situación que se expresa en el film. Efectivamente, uno de los datos que el comentario proporciona es que el almacenamiento de bombas y misiles nucleares se ha duplicado desde 1961 a 1966, y añade que en los próximos años, en el siguiente quinquenio —es decir, en el momento que estamos viviendo ahora—, se triplicará. Así, pues, el horror que se desprende de las imágenes del



EN PUNTO

film, la desesperada llamada a una conciencia cívica, la denuncia implacable a la indiferencia de los poderes públicos cara al riesgo del descontrol nuclear, también se han triplicado, y, entonces, vista en 1969, «The war game» es una película realmente impresionante, porque la amenaza es mucho más próxima. No importa que ahora haya otro presidente en la Casa Blanca, ni que los conflictos que en 1966 podían desencadenar un conflicto nuclear estén hoy día algo amortiguados. Lo importante sigue siendo el presupuesto inicial y la consiguiente conclusión: en caso de un descontrol atómico, ¿qué podríamos hacer? Nada: simplemente sufrir sus pavorosas consecuencias.

«The war game» fue producida por la televisión británica, con objeto de ser programada en la pequeña pantalla. Una vez terminada la película, en vista del resultado, fue prohibida, y no se autorizó en ninguna televisión del mundo. Lamentable destino el de una obra cuyo pleno sentido ha de lograrse gracias a la audiencia simultánea y masiva que permite la programación televisiva. Pero es que, además, en el interior del hogar, en la cafetería con televisor, en los mil y un sitios donde se produce la exhibición televisiva, cobra hondura máxima y relación definitiva —autor-público— ese proceso de concienciación general que persigue Watkins a lo largo de su admirable film.

El hecho de que un film semejante no haya podido ser exhibido en nin-

guna televisión del mundo indica claramente que una de las principales acusaciones contenidas en «The war game» no es, en absoluto, desacertada: la que se refiere a la responsabilidad de los poderes públicos por no proporcionar la suficiente información a la opinión civil sobre los riesgos que entraña el arsenal nuclear y la posibilidad —desgraciadamente nada improbable, como señalaba Kubrick en «Dr. Strangelove»— de su descontrol.

Sorteando hábilmente las trampas de un fácil humanitarismo o de un blando pacifismo, Peter Watkins ha construido, con extremado rigor, su película, aportando la mayor cantidad posible de datos para informar a ese público que hasta ahora permanece en la más absoluta ignorancia sobre una cuestión pavorosa que le afecta profundamente. Watkins reúne los datos, interroga a personalidades, informa, prepara un «dossier» que debe ser completado por cada espectador. Aquí, en esta peculiar construcción, en esta relación dialéctica entre el autor y el público, reside el carácter vivo, real del documento. Es crónica e historia al mismo tiempo. Es política-ficción y cine de horror a la par. Es una llamada a nuestra conciencia, dormida por culpa de quien se empeña en mantenerla en ese estado de letargo. Para Watkins es patético —y así lo ha manifestado en unas declaraciones— que hayamos aceptado la amenaza constante de las armas nucleares «con espantosa indiferencia». Pero, ¿quiénes son los responsables? ■ J. G. D.

Libros

«LA ACCIÓN HUMANA»

Colodrón: frente a los vicios mecanicistas



tricas del Norte, pasa por la Universidad Central —el doctorado—, se perfecciona en la «Freie Universität», de Berlín, en Estocolmo y en París, y culmina, por el momento, al profesar Colodrón en la Escuela de Ciencias Sociales de la Universidad Central y en el centro de estudios sociológicos «C. E. I. S. A.». Su libro «La medicina corticovisceral», publicado hace años, desató polémicas en distintas zonas ideológicas, pero Colodrón se ha mantenido con firmeza en su postura independiente y ha continuado desarrollando desde su perspectiva —desoyendo las tentaciones del canto de sirena que desde todas las direcciones llega a su mesa de trabajo— su ideología, su «praxis», y elevando su nivel teórico y de conocimiento. Trabajador incansable, aquí está su último libro: «La acción humana». Lo ha publicado Ediciones Península, de Barcelona.

LA POLEMICA.—Si a Freud y al freudismo, aportaciones intrínsecas aparte, hay que situarlos para entenderlos —ya lo hemos apuntado aquí hace tiempo— en su contexto histórico-social (la sociedad vienesa «fin de siècle», el puritanismo sexual, la búsqueda de coartadas que se hacía sentir en el seno de la clase dominante), hemos de contemplar la actual polémica entre sus herederos teórico-prácticos y los que respetan su labor estrictamente científica, pero no comulgan con su terapéutica analítica —polémica en descenso por la debilidad de los supuestos en que se apoyan los primeros— en el contexto de la sociedad de hoy, en velloz desarrollo y expansión, alza más o menos constante del nivel de vida, gradual extensión cultural —con notables interrupciones y, a veces, retrocesos—, etcétera. En este clima socio-económico cruzado de tensiones (que alguien ha definido como «neurotizado», aunque a nuestro modo de ver no haya dado con las auténticas raíces de tal neurotización por la interferencia de mitos y motivacio-

nes metafísicas) es lógico que circulen con éxito ciertas corrientes que, en el nivel científico, carecen ya del sólido crédito adquirido en tiempos pasados (a este respecto me permito llamar la atención de la polémica Sartre-Pingaud-Pontalis, en el último número de «Les Temps Modernes»).

Bien; quería decir que Colodrón escapa por vía intelectual de esta vorágine estéril y sitúa su pensamiento más allá de una discusión ya carente de sentido. Debe mucho a Pavlov, considera a Freud un conductista ingenuo, pero no se queda atrás, su pensamiento es dinámico y se sirve de las leyes de la dialéctica para destruir los vicios mecanicistas.

LA ACCIÓN HUMANA.—Su gran respeto por la filosofía, ya manifestado en el capítulo inicial, le permite trascender los estrechos límites de la observación científica directa y universalizar su experiencia. Para el autor, los procesos animales no son reducibles a las leyes de la física y de la química —y mucho menos los específicamente humanos— porque «tienen un nivel de complejidad superior». Su origen hay que hallarlo en la naturaleza no viviente, pero una explicación desde ésta resulta insuficiente. En resumen apresurado: son procesos dialécticos, totalizadores. Colodrón se instala más allá de Pavlov y más allá de Watson, al tiempo que reconoce

sus excepcionales méritos. Para el autor, «... la acción humana es una totalidad no reducible a sus elementos». «... Es unitaria y el condicionamiento no es, como pretendía Pavlov, un fenómeno fisiológico y psicológico al mismo tiempo, sino la ley que rige las interacciones de la totalidad con su medio propio». La diferencia entre los reflejos condicionados y los incondicionados es meramente histórica: «Cualquier reflejo animal es, pues, una reacción de la totalidad. Todo reflejo del hombre es humano».

«La acción humana», del doctor Colodrón, constituye, en síntesis, un intento de integración de las aportaciones pavlovianas menos dogmáticas con los logros de otras tendencias. No puede explicarse lo nuevo por lo viejo, lo histórico por lo biológico. Colodrón establece con acierto las diferencias entre la realidad peculiar del hombre y la estructuración del acción animal. No puede entenderse la acción humana sólo como resultado de procesos neuronales.

En una recensión tan limitada resulta difícil resumir un libro tan profundo y complejo, a pesar de su brevedad. Subrayemos, por último, que está escrito con un estilo conciso, directo, transparente, accesible. Lo que no es poco para la difusión de un pensamiento profundo, riguroso y esencialmente nuevo. ■ E. G. R.



Timothy Leary quiere ser gobernador

El doctor Timothy Leary ha sido uno de los principales defensores del uso libre de ciertas drogas en los Estados Unidos. Perseguido por la Ley, Leary ha pasado por diversos procesos hasta que, ahora, el Tribunal Supremo acaba de absolverlo. El cargo principal era el de haber importado marihuana de México a los Estados Unidos. La cantidad confiscada era solamente media onza, pero sirvió para crear el proceso en 1966. El Supremo ha considerado que no es delito y ha absuelto a Leary, el cual no se conforma con esta simple medida: pretende, ahora, utilizar su popularidad para comenzar una carrera política. Va a presentarse a las elecciones de 1970 para gobernador de California, y dentro de unas semanas comenzará su campaña. Aún no ha anunciado su programa. Pero el mismo día en que se absolvía a Leary, la Policía de Niagara Falls detenía a Mark Rudd después de haber encontrado en su automóvil dos onzas de droga y una pipa para fumarla. Mark Rudd es un dirigente de la SDS (Students for a Democratic Society) y está expulsado de la Universidad de Columbia por su participación en las manifestaciones de 1968.



COLABORAN: Juan Aldebarán, César Alonso de los Ríos, Art Buchwald, J. García de Dueñas, Eduardo G. Rico, Eduardo Haro Tecglén, Antonio Javaloyes, A. López Muñoz, Víctor Márquez Revirago, José Monleón, César Santos Fontenla. FOTOS: Europa Press, Gifra y Archivo.